



NUDOS SUR URBANOS

RESUMEN DE LA INVESTIGACIÓN: NUDOS SURURBANOS

Tejido sociocultural local, capital social y proceso de integración-exclusión social en el distrito 5 de la ciudad de Cochabamba.



Geovana Mejía Coca



Mauricio Sánchez Patzy



Alber Quispe Escobar

Cochabamba, 2008

NUDOS

RESUMEN DE LA INVESTIGACIÓN:

NUDOS SURURBANOS – Tejido sociocultural local, capital social y proceso de integración-exclusión social en el distrito 5 de la ciudad de Cochabamba.

Geovana Mejía Coca

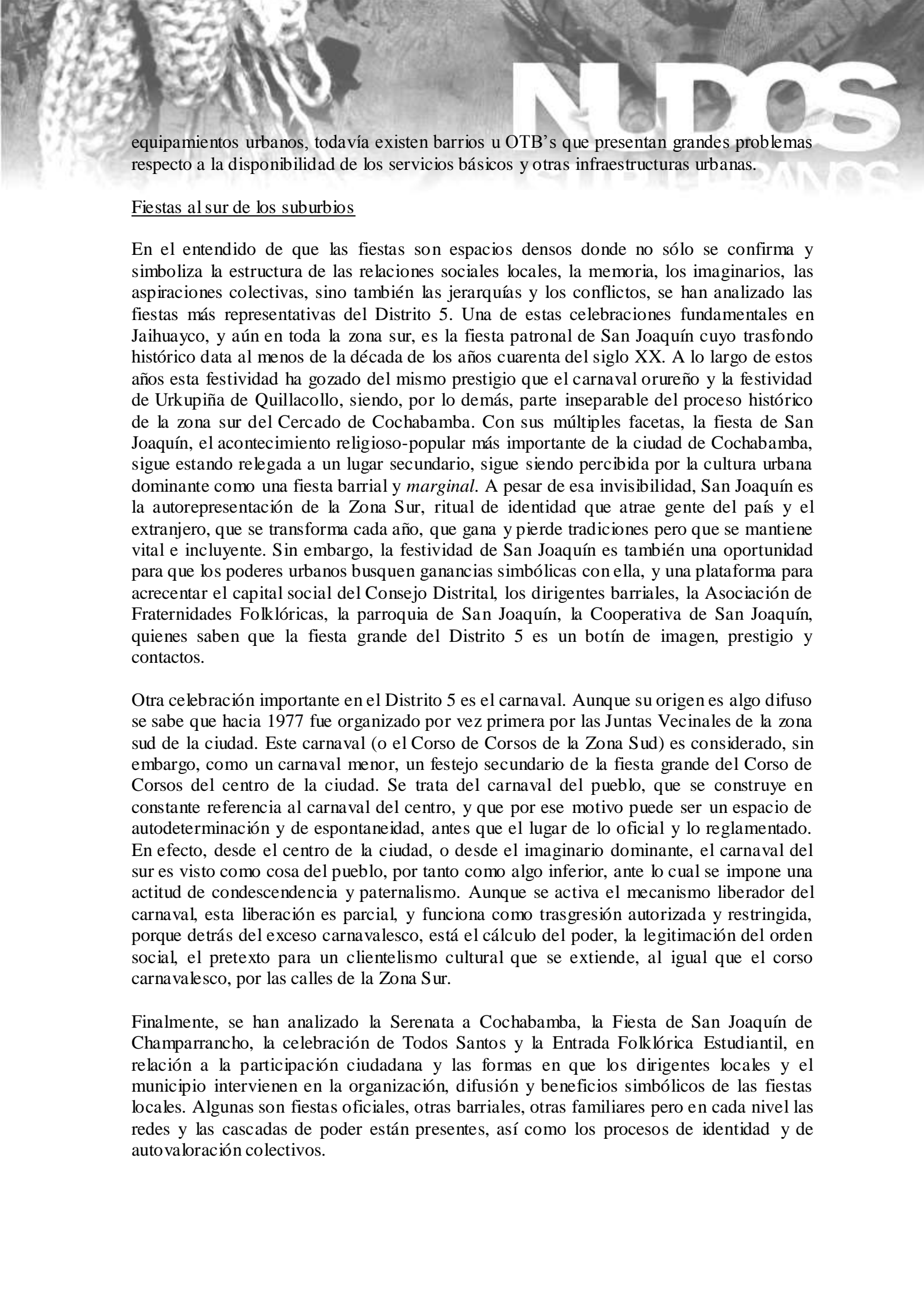
Mauricio Sánchez Patzy

Alber Quispe Escobar

Cochabamba, 2008

Historia y proceso de conformación del Distrito 5

La historia del hoy llamado Distrito 5 de la ciudad de Cochabamba, es también la historia de la Zona Sur en su conjunto. A partir de este sector es que la ciudad fue expandiéndose cada vez más hacia al sur. Su importancia reside en que es la zona urbana “popular”, “marginal”, “periférica”, que empezó a poblarse desde mucho tiempo atrás, por la llegada de inmigrantes de distintos lugares del departamento y del país. De hecho, desde finales de los años cincuenta del siglo XX la antigua región de Jaihuayco (donde, desde tiempos coloniales, funcionaban pequeñas fábricas de tejas y ladrillos en las que laboraba el recordado Manuel Camacho hacia 1920) fue registrando gradualmente pequeños asentamientos humanos que empezaron a ampliar el “pequeño caserío” que existía ahí en los años cuarenta. La ocupación de este espacio estuvo impulsada en gran medida por la creciente importancia que adquirió “La Cancha”, ese gran centro ferial que, en realidad, estructuró las tendencias de crecimiento poblacional y espacial en toda la zona sur del Cercado cochabambino. La cercanía de este mercado popular con Jaihuayco abrió un proceso de creciente “urbanización” sustentado por grupos poblacionales de migrantes, obreros y gente pobre. Bajo estas circunstancias la constitución de villas y barrios populares fue un hecho pues aparte del poblado inicial de Jaihuayco, que existía al menos desde principios del siglo XX, pronto se fueron consumiendo zonas hasta entonces deshabitadas. Esto ocurrió, sobre todo, en el sector de Lacma (en el límite sureste de Jaihuayco) donde se erigieron desordenadamente casas “a medias aguas” sin mediar planes urbanísticos efectivos. Así, entre la década de los sesenta y los setenta la expansión urbana y el crecimiento demográfico consolidaron populares zonas como Villa México, Villa Loreto, Jaihuayco, Santa Bárbara y otras que día a día continuaron atrayendo a grupos poblacionales. Todos estos asentamientos hicieron que, en 1976, la población del actual Distrito 5 alcanzara a 24.091 habitantes, cantidad que triplicaba la población de 8.837 habitantes registrada en el censo de 1967, realizado sólo nueve años antes. Luego, como producto del continuo y acelerado asentamiento de población en esta zona, la cifra poblacional de 1976 llegó más que a duplicarse en 1992 cuando el censo de dicho año registró 54.443 habitantes. Aunque en años posteriores la población creció a un ritmo lento, el Distrito 5 se ha convertido en el segundo distrito más poblado del Cercado de Cochabamba alcanzando a 60.062 habitantes el año 2001. Pero todo este proceso de crecimiento demográfico, y en contraste a lo que ocurrió respecto al espacio urbano históricamente consolidado (“casco viejo”) y la zona Norte del Cercado, no vino acompañado de la dotación de equipamientos e infraestructura urbana a pesar del insistente reclamo de las Juntas Vecinales de dichos sectores ante el gobierno municipal. La ciudad, a pesar del crecimiento acelerado de la Zona Sud, continuó su desarrollo material como si estos lugares nunca hubieran dejado de ser los extramuros, tanto geográficos como simbólicos. La historia de la ciudad, así, se construyó de espaldas a la historia del Sur. Si bien, en la actualidad, en el Distrito 5 se han consolidado sectores con adecuados



NIDOS

equipamientos urbanos, todavía existen barrios u OTB's que presentan grandes problemas respecto a la disponibilidad de los servicios básicos y otras infraestructuras urbanas.

Fiestas al sur de los suburbios

En el entendido de que las fiestas son espacios densos donde no sólo se confirma y simboliza la estructura de las relaciones sociales locales, la memoria, los imaginarios, las aspiraciones colectivas, sino también las jerarquías y los conflictos, se han analizado las fiestas más representativas del Distrito 5. Una de estas celebraciones fundamentales en Jaihuayco, y aún en toda la zona sur, es la fiesta patronal de San Joaquín cuyo trasfondo histórico data al menos de la década de los años cuarenta del siglo XX. A lo largo de estos años esta festividad ha gozado del mismo prestigio que el carnaval orureño y la festividad de Urkupiña de Quillacollo, siendo, por lo demás, parte inseparable del proceso histórico de la zona sur del Cercado de Cochabamba. Con sus múltiples facetas, la fiesta de San Joaquín, el acontecimiento religioso-popular más importante de la ciudad de Cochabamba, sigue estando relegada a un lugar secundario, sigue siendo percibida por la cultura urbana dominante como una fiesta barrial y *marginal*. A pesar de esa invisibilidad, San Joaquín es la autorepresentación de la Zona Sur, ritual de identidad que atrae gente del país y el extranjero, que se transforma cada año, que gana y pierde tradiciones pero que se mantiene vital e incluyente. Sin embargo, la festividad de San Joaquín es también una oportunidad para que los poderes urbanos busquen ganancias simbólicas con ella, y una plataforma para acrecentar el capital social del Consejo Distrital, los dirigentes barriales, la Asociación de Fraternidades Folkloricas, la parroquia de San Joaquín, la Cooperativa de San Joaquín, quienes saben que la fiesta grande del Distrito 5 es un botín de imagen, prestigio y contactos.

Otra celebración importante en el Distrito 5 es el carnaval. Aunque su origen es algo difuso se sabe que hacia 1977 fue organizado por vez primera por las Juntas Vecinales de la zona sud de la ciudad. Este carnaval (o el Corso de Corsos de la Zona Sud) es considerado, sin embargo, como un carnaval menor, un festejo secundario de la fiesta grande del Corso de Corsos del centro de la ciudad. Se trata del carnaval del pueblo, que se construye en constante referencia al carnaval del centro, y que por ese motivo puede ser un espacio de autodeterminación y de espontaneidad, antes que el lugar de lo oficial y lo reglamentado. En efecto, desde el centro de la ciudad, o desde el imaginario dominante, el carnaval del sur es visto como cosa del pueblo, por tanto como algo inferior, ante lo cual se impone una actitud de condescendencia y paternalismo. Aunque se activa el mecanismo liberador del carnaval, esta liberación es parcial, y funciona como trasgresión autorizada y restringida, porque detrás del exceso carnavalesco, está el cálculo del poder, la legitimación del orden social, el pretexto para un clientelismo cultural que se extiende, al igual que el corso carnavalesco, por las calles de la Zona Sur.

Finalmente, se han analizado la Serenata a Cochabamba, la Fiesta de San Joaquín de Champarrancho, la celebración de Todos Santos y la Entrada Folklorica Estudiantil, en relación a la participación ciudadana y las formas en que los dirigentes locales y el municipio intervienen en la organización, difusión y beneficios simbólicos de las fiestas locales. Algunas son fiestas oficiales, otras barriales, otras familiares pero en cada nivel las redes y las cascadas de poder están presentes, así como los procesos de identidad y de autovaloración colectivos.

NIDOS

En conjunto, el análisis de las fiestas más representativas del Distrito 5 nos ha permitido ver una realidad festiva compleja y rica que se construye desde los extramuros, de manera invisible, pero no por eso menos dinámica y participativa. Así las fiestas son el espacio donde ocurre la mayor participación ciudadana del Distrito 5, allí donde todos se sienten motivados para asistir y encontrarse con los otros. En este sentido, las fiestas son, o pueden ser, un gran espacio para el diálogo y el encuentro intercultural. La *apatía política* no se corresponde con la *apatía festiva*, como en otras zonas de la ciudad. Aquí la gente se moviliza por la fiesta; dan su tiempo, gastan, cosen sus disfraces, sacan sus instrumentos musicales, se organizan, salen a la calle en grupos, se adueñan, por un momento, del espacio público. Sin embargo, este ímpetu ciudadano por la participación festiva se ve controlado y frenado por la lógica de los poderes locales en utilizar las fiestas como ámbito de clientelismo. De otro lado, tenemos que las fiestas son un ámbito propicio para el juego de los prestigios y las ganancias simbólicas de los que las organizan. No se trabaja tanto en pro de la cultura, sino más bien a favor de la propia imagen. Este hecho, también cultural, pone en colisión dos caminos de la participación, que conviven conflictivamente: el camino de la participación democrática, demostrada por ejemplo en el Carnaval de la Zona Sur, contra el camino del apoderamiento de las fiestas como botín de prestigios y de réditos sociales. Así, podríamos decir que los dirigentes actuales, el mismo Consejo Distrital, la Sub-alcaldía y la Casa de la Cultura desconcentrada van en dirección opuesta al camino de la participación festiva ciudadana como autodeterminación. La toleran, sí, a condición de que las fiestas no cambien el orden del poder local, ni de las redes y cascadas de dominio clientelar. Así entonces, si bien la gente participa activamente en sus fiestas, el poder se encarga de que esta participación sea *inocua*, que no provoque cambios ni procesos culturales legítimos, e *inicua*, porque las fiestas se montan sobre el acceso desigual al poder político, sobre las jerarquías sociales y sobre el mundo imaginario de los prejuicios colectivos.

Poder, clientelismo y participación vecinal al sur de la ciudad

Uno de los temas fundamentales para entender los procesos de integración o de exclusión sociales, es el de la participación ciudadana y los mecanismos institucionales y sociales que la posibilitan. Así, el análisis de las formas en que se ejerce el poder local nos ha permitido entender mejor el porqué la participación vecinal tropieza con una serie de obstáculos, lo que redundará en una fragmentación social, una apatía política, y una fuerte estratificación y discriminación. La ciudad deja de ser un espacio de encuentro y de interés, donde todos buscan participar en pro del bien común, que es el bien propio. De esa manera, el capital social resulta siendo negativo, ya que los procesos de exclusión y de desconfianza social no se dan solamente por el aumento de la delincuencia y la criminalidad; antes bien, son los marcos institucionales y los culturales los que han posibilitado la exclusión de muchos a favor de la concentración del poder en pocas manos, sean éstas las de los dirigentes vecinales, los políticos urbanos, las clases altas u otros sectores minoritarios favorecidos por una política de participación popular excluyente. Veamos, así, las conclusiones del capítulo sobre el poder y la participación ciudadana en el distrito 5 de Cochabamba, en el cual hicimos un marcado énfasis en el problema del clientelismo político y el caudillismo urbano, como formas cultural-políticas que impiden la integración social y la creación de una ciudadanía fuerte e integrada.

Barrios del sur: entre poderosos, intermediarios, clientes y ciudadanos



NIDOS

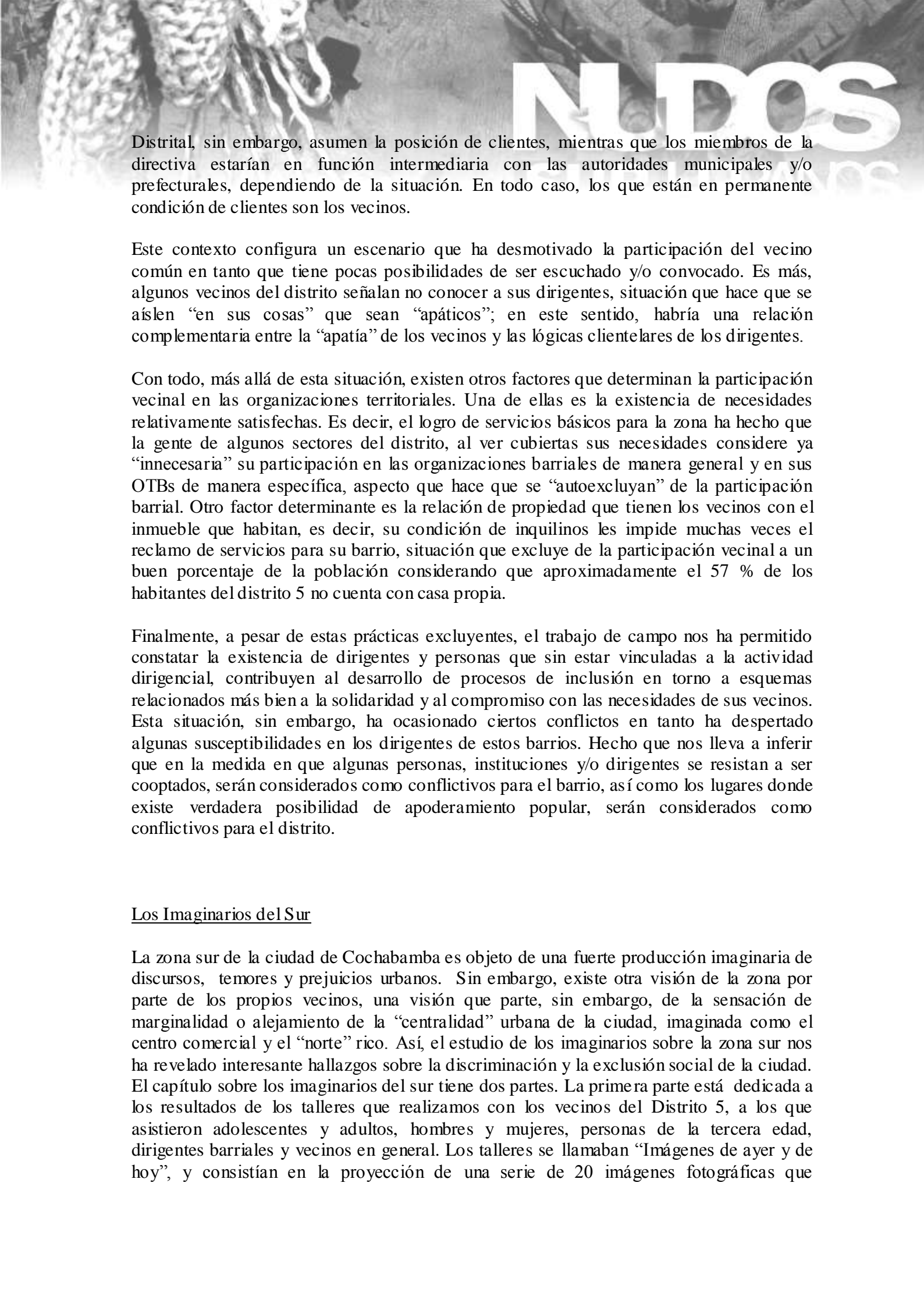
A lo largo de estos últimos años, la Ley de Participación Popular ha tenido varias limitaciones en tanto se ha restringido a sustituir el viejo modelo de desarrollo centralista del Estado, por otro descentralizado, vía el fortalecimiento de los municipios y el reajuste del aparato estatal. Esta situación, sumada a la continuidad de la vieja trama burocrática y las prácticas coloniales del ejercicio del poder, ha logrado únicamente desplegar un modelo de democracia formal y procedimental, que privilegia los mecanismos legales por sobre la verdadera participación. Es decir, ha creado un sistema con pocas posibilidades de participación social.

Ahora bien, la reestructuración del aparato estatal ha hecho que las juntas vecinales, por su parte, se vean en la necesidad de rediseñar su organización interna. De esta manera, a partir de la Participación Popular, la FEJUVE (Federación de Juntas Vecinales) decide conformar un Consejo por cada distrito creado por el gobierno municipal. A causa de esto entran en el escenario de las organizaciones barriales dos nuevos actores: las OTBs y los Consejos Distritales. Así, el uso instrumental de la participación popular, sumado al reconocimiento de estas nuevas organizaciones territoriales como intermediarias legales entre el Estado y la sociedad, ha contribuido a la formación de poderes locales establecidos sobre mecanismos de cooptación política y de estructuras y redes clientelares.

Con relación al caso específico de nuestro estudio, es decir, del distrito 5 de la zona sur de Cochabamba, hemos podido evidenciar que si bien existen algunas organizaciones estructuradas en torno a distintos ámbitos y diversos objetivos, las organizaciones en las que existen relaciones de poder, son las territoriales, es decir: las Organizaciones Territoriales de Base (OTBs) y la Asociación Comunitaria de OTBs Consejo Distrital N° 5. Más aún, los propios dirigentes manifiestan que el mayor problema con el que se enfrentan sus organizaciones es la “injerencia político-partidaria”. Sin embargo, la tan frecuentemente señalada “injerencia política”, no es más que un eufemismo que esconde viejas prácticas políticas y su legitimación, como es el caso de las dinámicas de cooptación dirigencial sobre la que se estructuran las redes clientelares.

Así, las estructuras clientelares del distrito 5 son complejas en tanto no se reducen a las prácticas de “intercambio de bienes por votos”, sino que conllevan palabras, actos, hechos y *performances*. Estas últimas, por lo general tienen lugar en actos públicos, como las entregas de obras, desfiles, fiestas y otros. Estas prácticas en su conjunto contribuyen a la generación de una forma vertical y asimétrica de capital simbólico y capital social individual, acumulado por los dirigentes, situación que los ubica en un nivel superior en relación a sus vecinos. Estamos hablando, en este sentido, de la existencia de un clientelismo “fino”, permanente y cotidiano en el que el dirigente o “mediador” se constituye en “guardabarreras” de la participación vecinal, es decir, facilita u obstruye en su caso, el flujo de demandas, bienes y servicios o simplemente ejerce un control monopólico sobre su “territorio”. En todo caso, esta situación nos permite inferir que las redes clientelares incluyen a algunos y excluyen a otros.

Asimismo, hemos podido observar que las relaciones de poder en el distrito se manifiestan no sólo en forma de “redes” sino además en forma de “cascada”, ya que se conforma toda una estructura clientelar que está determinada por una jerarquía en términos de poder. Esta situación hace que algunos miembros de la “cascada”, estén en calidad de clientes algunas veces y de intermediadores en otras. Así, los dirigentes de OTBs son intermediarios entre los vecinos y las autoridades comunales en su contexto barrial. En la sesión del Consejo



NUDOS

Distrital, sin embargo, asumen la posición de clientes, mientras que los miembros de la directiva estarían en función intermediaria con las autoridades municipales y/o prefecturales, dependiendo de la situación. En todo caso, los que están en permanente condición de clientes son los vecinos.

Este contexto configura un escenario que ha desmotivado la participación del vecino común en tanto que tiene pocas posibilidades de ser escuchado y/o convocado. Es más, algunos vecinos del distrito señalan no conocer a sus dirigentes, situación que hace que se aislen “en sus cosas” que sean “apáticos”; en este sentido, habría una relación complementaria entre la “apatía” de los vecinos y las lógicas clientelares de los dirigentes.

Con todo, más allá de esta situación, existen otros factores que determinan la participación vecinal en las organizaciones territoriales. Una de ellas es la existencia de necesidades relativamente satisfechas. Es decir, el logro de servicios básicos para la zona ha hecho que la gente de algunos sectores del distrito, al ver cubiertas sus necesidades considere ya “innecesaria” su participación en las organizaciones barriales de manera general y en sus OTBs de manera específica, aspecto que hace que se “autoexcluyan” de la participación barrial. Otro factor determinante es la relación de propiedad que tienen los vecinos con el inmueble que habitan, es decir, su condición de inquilinos les impide muchas veces el reclamo de servicios para su barrio, situación que excluye de la participación vecinal a un buen porcentaje de la población considerando que aproximadamente el 57 % de los habitantes del distrito 5 no cuenta con casa propia.

Finalmente, a pesar de estas prácticas excluyentes, el trabajo de campo nos ha permitido constatar la existencia de dirigentes y personas que sin estar vinculadas a la actividad dirigencial, contribuyen al desarrollo de procesos de inclusión en torno a esquemas relacionados más bien a la solidaridad y al compromiso con las necesidades de sus vecinos. Esta situación, sin embargo, ha ocasionado ciertos conflictos en tanto ha despertado algunas susceptibilidades en los dirigentes de estos barrios. Hecho que nos lleva a inferir que en la medida en que algunas personas, instituciones y/o dirigentes se resistan a ser cooptados, serán considerados como conflictivos para el barrio, así como los lugares donde existe verdadera posibilidad de apoderamiento popular, serán considerados como conflictivos para el distrito.

Los Imaginarios del Sur

La zona sur de la ciudad de Cochabamba es objeto de una fuerte producción imaginaria de discursos, temores y prejuicios urbanos. Sin embargo, existe otra visión de la zona por parte de los propios vecinos, una visión que parte, sin embargo, de la sensación de marginalidad o alejamiento de la “centralidad” urbana de la ciudad, imaginada como el centro comercial y el “norte” rico. Así, el estudio de los imaginarios sobre la zona sur nos ha revelado interesante hallazgos sobre la discriminación y la exclusión social de la ciudad. El capítulo sobre los imaginarios del sur tiene dos partes. La primera parte está dedicada a los resultados de los talleres que realizamos con los vecinos del Distrito 5, a los que asistieron adolescentes y adultos, hombres y mujeres, personas de la tercera edad, dirigentes barriales y vecinos en general. Los talleres se llamaban “Imágenes de ayer y de hoy”, y consistían en la proyección de una serie de 20 imágenes fotográficas que



NIDOS

mostraban aspectos de la vida cotidiana de la zona sur, especialmente de Jaihuayco, la Avenida 6 de Agosto, Villa México, Champarrancho y otros lugares del Distrito 5. También se mostraron a personas de la zona en actividades diarias o festivas. Las fotografías además, habían sido seleccionadas entre algunas vistas antiguas de la zona, de principios y a mediados del siglo XX, y otras actuales. Los resultados fueron muy sugestivos, ya que los participantes de los talleres expresaron, de manera oral y escrita, las profundas emociones que les suscitó la observación de las imágenes, y los imaginarios de pertenencia, la memoria compartida, los sueños y las fantasías locales afloraron en dichos talleres. La segunda parte del capítulo se refiere, en cambio, a los imaginarios que el resto de la ciudad, especialmente la opinión pública dominante, tiene sobre la zona sur y el Distrito 5. Para la realización de esta parte utilizamos otros instrumentos de análisis: la recopilación de material de prensa, la observación de programas televisivos, y el estudio de las formas imaginarias en que los ciudadanos evocan a la zona sur, nos permitió observar la distancia que hay entre las circunstancias reales de la vida en el Distrito 5 y la fabulación colectiva, la cual esconde un fuerte sesgo de discriminación e incomprensión hacia el otro.

A continuación, reproducimos aquí las conclusiones del capítulo “los imaginarios del sur”, las que sintetizan el variado y rico material que pudimos analizar.

El sur se mira a sí mismo, reflexiona y siente

A través de los talleres “Imágenes de ayer y de hoy”, pudimos conocer la complejidad de los imaginarios sociales de los vecinos del Distrito 5. Las imágenes fotográficas son excelentes disparadores de la imaginación, los recuerdos, las asociaciones de sentido y los significados que se atribuyen a lugares, personas, época y sucesos. Podemos sintetizar nuestros hallazgos diciendo que el sur urbano se mira así mismo desde la diferencia, desde la poca o ninguna inclusión a la “ciudad”. En efecto, muchos de los participantes en los talleres, en especial los más jóvenes, hablan de Cochabamba como si se tratara de otra ciudad. Así el sur se construye al margen del centro cultural y dominante, pero lo hace en una constante tensión: el problema de ser parte, pertenecer, ser tomado en cuenta, *versus* el sentimiento de ser del sur, de un entorno urbano propio y cargado con la afectividad de los “antepasados”, la familia, los orígenes, los recuerdos de infancia, los símbolos territoriales, las fiestas, incluso los infortunios comunes.

Dos son los procesos desatados al estimular los imaginarios: la *reflexión común*, el diálogo al que no le faltó las discrepancias y los enojos; y el otro proceso, el de *la fantasía y los sentimientos aflorados*. En efecto, los talleres tuvieron momentos de mucha tensión –por ejemplo, Pedro Orellana, viejo dirigente vecinal que participó en un taller, al ver que le mostrábamos fotografías y le pedíamos llenar unas planillas, se sintió ofendido, porque, decía, “me hacen perder el tiempo”, aunque después entendió de qué se trataba y participó con entusiasmo – pero también tuvieron momentos de gran calidez humana, y de una franca emoción, cercana a las lágrimas, especialmente cuando se les mostró la fotografía de María Ayala, la madre verdadera de uno de los asistentes, pero que fungió como madre simbólica de la mayoría. Muchas de las imágenes que mostramos no las reseñamos aquí, pero en todas ellas, cuando los participantes encontraban algún referente de identidad, tanto colectiva como personal, se sentían especialmente motivados, y muchos observaban las fotos durante un buen tiempo. Es el caso de Iván, uno de los jóvenes colegiales que participó en un taller, quien se sintió feliz de ver, entre las fotos escogidas, una que pertenecía a su propia fraternidad de danza. Cuando preguntamos qué recuerdos les venían a la mente, Iván se acordó de “cómo mi fraternidad participa de esa fiesta”. De alguna



NUDOS

manera, el efecto de autodeterminación identitaria que tuvo el cine mexicano (como señaló Jesús Martín Barbero), funcionaba, en pequeño, con las fotografías del mundo propio de la gente del Distrito 5. Las imágenes de sí mismos eran un espejo, un dispositivo que ponía a funcionar un complejo engranaje de emociones y reflexiones de identidad, de pertenencia, de exclusión, de tristeza, pero también de alegría compartida y a veces, de esperanza.

Por fin, una suerte de catarsis colectiva se suscitó en los talleres. A pesar de la extensa cantidad de fotos que tenían que observar, para luego escribir sobre ellas y dialogar, los asistentes se quedaron en la sala y participaron hasta el final. Muchos se conocieron, otros se volvieron a ver, y la sensación de que se podía generar una conciencia colectiva era muy grande. Como equipo de investigación, aprendimos mucho de los vecinos, aprendimos a ver, con sus ojos, la Zona Sur, el Distrito 5, y a desentrañar un poco mejor los *nudos urbanos* por los que transcurren sus vidas, en los extramuros de la ciudad.

El norte mira al sur, lo prejuzga y miente

A pesar de que encontramos una *mirada propia* rica, compleja y no exenta de conflictividad entre los vecinos del Distrito 5, es cierto que esta mirada se encuentra velada, disminuida, en relación a la mirada dominante en el imaginario urbano cochabambino sobre el sur. A través de los medios de comunicación, en las conversaciones cotidianas, en los circuitos urbanos restringidos por los que circulan mucha gente, especialmente de las clases medias y altas, la Zona Sur no existe, y si existe, parece que hubiera sido creada para la inferioridad. Así, no un existe realmente una ciudad, sino por lo menos dos. Se juega, en esa división urbana y ciudadana, el prejuicio social. Los imaginarios son, también, otra forma de la mentira y del secreto, o funcionan con mecanismos muy parecidos, como ya señaló Armando Silva, en relación a Castoriadis y a Durandin (cf. Silva 1998:90). La función de lo imaginario tiene que ver con el ocultamiento de lo real, y el hecho de que su surja como “imagen algo que no es, ni que fue” (Castoriadis en Silva 1998: 90). De esa manera, la Zona Sud aparece desde el imaginario, primero que nada, y surte efectos sobre lo real. La propia idea de que es *el sur* es imaginaria: ¿el sur en relación a qué o a quién? Como Cochabamba fue durante siglos una pequeña población reducida a unas pocas calles, los que allí habitaban empezaron a definir sus límites y a proyectar un mapa simbólico sobre el territorio. Las familias de Cochabamba, las que tenían casa en el centro, estaban, claro, ligadas al poder terrateniente local. Así, los extramuros eran nombrados a partir de este centro simbólico y de poder. Con el tiempo, este imaginario de los puntos cardinales en torno al centro de la plaza se fue desarrollando y enraizando como una verdad geográfica y natural de las cosas. A diferencia de La Paz, donde la Zona Sur es la parte rica y la que concentra el poder, en Cochabamba las coordenadas simbólicas tienen una historia diferente: fue la Zona Sud la que se asoció a la marginalidad e incluso a la criminalidad, como veremos ahora. Los mecanismos de la exclusión social funcionan desde el imaginario, a través de las ideologías, a favor de la cultura dominante.

Imaginarios de una ciudad: miedos del norte, exclusión y conciencia del sur

Como vimos, el tema de los imaginarios sobre y desde la Zona Sur va más allá de las solas evocaciones colectivas, la memoria, los miedos, las fantasías compartidas. Existe también una impronta del imaginario sobre las actividades y las opiniones cotidianas, sobre las

NIDOS

prácticas y las ideologías. Cochabamba está dividida por un eje imaginario, más que geográfico, que es a la vez el eje de la discriminación, del prejuicio y la intolerancia de un sector acomodado contra otro menos favorecido. Sin embargo, no hay sectores, zonas de la ciudad que sean completamente discriminadoras, ni otras que estén completamente excluidas. Pensarlo así es otra fantasía colectiva. A pesar de ello, el 11 de enero de 2007 puso en evidencia que sí existe un grueso de la población que no tolera a los otros, y que esa intolerancia es racial, sectorial, generacional, clasista y vinculada al poder. Desde el Norte, así, un imaginario de incompreensión y desprecio se enmascara de miedos y de fantasías colectivas de superioridad y de ser “el centro”, “los cochabambinos”, “los ciudadanos”. Mientras más al sur se viaja por la ciudad, los imaginarios cambian. Así, muchos jóvenes a los que conocimos, vecinos y vecinas del Distrito 5 de la Zona Sud, imaginaban al centro urbano y la Zona Norte como “la ciudad”. Ellos se sentían aparte, en algún lugar secundario, su barrio, sus cosas, disminuidos por esa imagen dominante de la ciudad pensada desde otra parte, los otros, los jóvenes que no son como ellos, los “chicos que viven en la zona norte porque no parecen humildes”. Esto no quiere decir que en el Sur no haya jóvenes pretenciosos, jóvenes de pandillas, jóvenes con problemas con la justicia. Pero todos ellos están marcados por el imaginario fundador de una ciudad que no acepta por igual a todos sus hijos.

La ciudad se piensa diferente según donde se viva, según dónde se esté clasificado y significado por el imaginario dominante y totalizador. Sin embargo, vimos también en los talleres y en las conversaciones con los vecinos, que existen muchos resquicios para que una conciencia de sí mismos asome, desde la memoria compartida de luchas, esfuerzos y conquistas, desde un pasado rural, campesino, inmigrante, carente materialmente pero rico cultural y organizativamente. Como pocos lugares de la ciudad, los barrios del sur pueden decir que tienen posibilidades de sembrar y de recuperar esa *unión* a la que tanta referencia hacían los vecinos en los talleres que organizamos. Pero hay muchas formas de excluirlos. Una, que vimos en el capítulo IV, es a través del clientelismo político, la cooptación metódica, la contención de una verdadera participación ciudadana. Otra es la del control de los imaginarios. Es el hecho de pensar al Sur como “zona roja”, peligro, fealdad, suciedad, marginación, o simplemente en negar su existencia, en hacer como si el Sur no existiera, como si la ciudad terminara no más allá de donde la “gente bien” puede llegar sin experimentar inseguridad ni peligros.

Una investigación paralela a la nuestra¹, se enfoca en los jóvenes de clases medias y altas del Norte urbano, y en su repliegue a un territorio urbano privado, guarnecido, ajeno a los peligros que vienen del Sur de la ciudad. Así lo expresan los investigadores, a través de un artículo de prensa recientemente publicado:

Según el documento de los investigadores, “el imaginario juvenil divide la ciudad de Cochabamba, en dos territorios: el norte en positivo y el sur en negativo. Este último *terra incognita* poblada de delincuentes, cleferos y pandillas en asecho. Más del 96 % de los y las estudiantes universitarios encuestados, señalan a esta zona o lugares específicos de ella, como los más peligrosos de la ciudad: Respuestas frecuentes a la pregunta ¿Qué lugar de la ciudad de Cochabamba consideras más peligroso? ¿Por qué?:

La zona sud, hay muchos maleantes (Juan Carlos, 22 años)

La zona sud, porque hay varias pandillas (Eduardo, 20 años)

La coronilla, porque viven cleferos ahí (Camila, 19 años)

Zona sur por la terminal, muchos cleferos y maleantes (Jeannine, 20 años) (tomado de Zelada, Los Tiempos 30.03.2008:B2).

¹ Nos referimos al estudio *Declinación del espacio público en la ciudad de Cochabamba y jóvenes de clase media/alta*, llevado adelante por Lourdes Zabala, Gustavo Rodríguez y Humberto Solares, en el marco de la convocatoria “Procesos de integración socio-cultural y económica en las ciudades capitales de Bolivia”, auspiciado por el PIEB y la FAM, en la gestión 2007-2008, de la cual esta investigación forma parte.

NUDOS

Para Zabala, Rodríguez y Solares, además, los jóvenes de la Zona Norte se han retirado de la Zona Sur “por el temor y el miedo”. Así,

Sea por experiencia propia, sea por el rol de la prensa, o por lo que escuchan en sus casas, ellos huyen de ciertos lugares porque consideran que puede ser peligroso y restringen su permanencia en esos lugares, por ejemplo la cancha [...]

El *retiro* de estos espacios públicos como la cancha, la plaza, El Prado, va acompañado de una búsqueda de nuevos espacios públicos, en el sentido de que son abiertos formalmente a todos, pero actúan bajo la lógica de lo privado (*ibid.*) (Nuestro énfasis).

Nos llama la atención la idea de “retirarse”. El Diccionario de la Real Academia Española consigna varias acepciones para el verbo retirar, pero una de ellas explica que retirarse puede ser “resguardarse, ponerse a salvo” (DRAE 2001). De ser así, los jóvenes se retiran porque se ponen a salvo del peligro que representa la Zona Sur, según sus palabras. Sin embargo, ¿Esto es realmente así?

Muchos jóvenes de la Zona Norte de la ciudad nacen, crecen y pasan sus vidas sin poner un pie en el Sur. Cualquier idea que tenga sobre esa región de la ciudad, es, entonces, fantástica y prejuiciosa. Sin embargo, hace mucho tiempo que algunos jóvenes del Norte establecieron una relación perversa con la Zona Sur. Se trata del “cholo *hunting*”, o cacería de cholos, como lo apodan irónicamente los chicos del Norte. Supimos por un joven amigo, vecino de la avenida Pando (es decir, un centro territorial de los jóvenes “jailones”), que, para entretenerse, acostumbraban ir en un auto y en grupo a la Zona Sur, a la Panamericana, a Jaihuayco, a buscar jóvenes humildes a quienes dar una golpiza. Así, y como ya denunciaba Alcides Arguedas en *Wuata Wara*, la violación de una india era una diversión para los jóvenes ricos hace un siglo, y hoy puede serlo el *cholo hunting* y otras entretenciones parecidas. En efecto, el 11 de enero, día en que los jóvenes del Norte salieron con palos de béisbol a descargar toda su ira contra campesinos, ancianos, mujeres y jóvenes del campo o de la Zona Sur, no fue más que una cacería de cholos legitimada por el miedo de que “vienen a *invadir* nuestra ciudad”. El repliegue a sus espacios, entonces, ¿será en realidad el efecto de una inferioridad, el miedo al Sur, o más bien, la confirmación de que *el Sur tampoco existe*?

Los vecinos, las vecinas, los jóvenes y adolescentes de la Zona Sur asumen su exclusión, a veces buscando parecerse al Norte, pero a veces fortaleciendo su conciencia. Ninguna declaración nos pareció más lúcida, más consciente, que la que expresó en quechua una señora anciana, en un taller que organizamos en Villa México con personas de la Tercera Edad, al referirse al porqué el Norte excluye y discrimina a la gente del Sur:

No nos toman en cuenta por ser pobres, no sólo es porque vivimos en el Sur. Si viviéramos en el Norte igual no nos tomarían en cuenta (vecina de San Juan Bosco en el taller con las personas de la tercera edad, 17.04.2008)

La geografía de los imaginarios está marcada por la clase social, por las castas, por las jerarquías, las razas y la marginación. El verdadero Sur, dice la señora, es la pobreza.

Cultura, Municipio y Participación Ciudadana

Uno de los puntales de todo gobierno municipal ha sido y es, aunque de formas muy variadas, la administración de la cultura pública, en estrecha relación con la mejora de la calidad de vida urbana. Se supone que este tipo de administración es un ejercicio profesional y especializado en la problemática cultural. Sin embargo, la constatación diaria de cualquier ciudadano es que la gestión y administración de la cultura por parte de los



NIDOS

municipios bolivianos no sólo que no es un área consolidada y profesionalizada, sino que, en ciudades como Cochabamba o en municipios más pequeños, es la “quinta rueda del carro”, una instancia municipal que se ha limitado a mantener la infraestructura cultural (teatros, salas de exposiciones) y las fiestas más importantes de la ciudad (especialmente los carnavales) y alguna que otra actividad cultural que se repite, de manera acrítica, casi como una tradición centenaria: los concursos de artes plásticas o las celebraciones de las efemérides departamentales. Esta problemática, asimismo, no ha merecido el interés de los investigadores en ciencias sociales, tal vez porque la otra cultura, la del campo, ha sido casi siempre más atractiva para la disciplina próxima a los temas culturales: la antropología. La sociología y los estudios de comunicación sí se han interesado en la cultura de las ciudades, pero pocas veces en su ámbito restringido e institucional. De ahí que no hay, realmente en Bolivia, unas ciencias sociales que estudien la *cultura de la administración de la cultura*.

Cochabamba debe ser, sin embargo, una de las ciudades donde se han dado más intentos de transformación en la administración pública de la cultura. Desde los años 60, grupos de artistas y de intelectuales han buscado formas de mejorar la gestión cultural municipal, aunque muchas veces con la intención velada de ser favorecidos de manera directa con cargos en la administración pública. Como ya señalaba Renato Ortiz (1991), debido a la pobre autonomía de la esfera de lo artístico, muchos escritores latinoamericanos encontraron ocupación en el periodismo o en la administración pública. De ahí que, la actitud reivindicatoria de los artistas e intelectuales haya sido siempre ambivalente: por un lado preocupados por la cultura para todos, pero por otro lado pensando en su propia seguridad laboral como administrativos del arte y la cultura. Todo ello ha hecho que, de manera periódica, propuestas de transformación en la gestión pública de la cultura hayan surgido entre los sectores de una elite cultural local. A pesar de ello, la ciudadanía en general, y especialmente las clases más acomodadas y las más desposeídas, pocas veces han demandado una mejora en la administración cultural. Es más, la cultura, como espacio restringido de las bellas artes y ciertas prácticas de distinción, se ha convertido en un estilo de vida de un sector de las clases medias, de los jóvenes y los artistas, quienes son una minoría en una ciudad signada por el éxito masivo de otra cultura: la popular, la del folklore, el espectáculo televisivo y las fiestas multitudinarias, la del Neofolklore de Los Kjarkas y la cultura de la comida. En medio de eso, la gestión, la administración y la planificación cultural han quedado arrinconadas, tanto en el presupuesto municipal (y prefectural), como en su falta de impacto estratégico en la sociedad urbana.

Es esta problemática la que nos ocupa aquí, en la tensión entre la ciudad, sus agentes culturales, sus instituciones públicas especializadas en cultura (especialmente la recientemente re-creada Casa de la Cultura), y los sectores excluidos de la población. El caso del Distrito 5 se convierte, así, en un punto de observación de los contradictorios procesos de implementación de las políticas culturales del gobierno de la ciudad, de sus grupos dominantes, de sus artistas, de sus grupos juveniles. Asimismo, la administración de la cultura no escapa, como desarrollamos a continuación, de las lógicas culturales del poder político y de los mecanismos de participación ciudadana realmente existentes. Por lo tanto, trataremos de demostrar que la cultura es otro ámbito más de una estructura clientelar de las relaciones locales de poder. Por otra parte, este hecho no contradice nuestra tesis central de que la cultura puede ser, de manera protagónica, el lugar donde los procesos de cambio tendentes a la integración social y la mejora de la calidad de vida pueden efectivizarse de manera profunda y sostenible.



NUDOS

Para entender mejor las formas en que la administración cultural municipal llega a los barrios y en nuestro caso al Distrito 5, hicimos primero una revisión histórica de los procesos culturales patrocinados desde y para la Casa de la Cultura. Esta historia se justificaba tanto más que el solo hecho de abocarnos al caso del Distrito 5, ya que revela el carácter minoritario del alcance de las políticas municipales en cultura, y en el contraste con las estrategias culturales promovidas desde la Zona Sud, sean éstas participativas o clientelares, es que puede aparecer un panorama complejo, significativo y esclarecedor para el conocimiento social sobre el valor otorgado a la cultura como mecanismo de integración humana.

Desafíos municipales: darle la mano a la cultura sin ponerle zancadillas

A lo largo de un extenso capítulo sobre la cultura administrada desde el municipio y su recepción en los barrios del sur, hemos podido comprobar que la administración cultural es uno de los pilares estratégicos de una política municipal que busque la inclusión social, la convivencia fructífera y la plenitud de la vida en las ciudades. Hablando estrictamente, la ciudad no es más que el afloramiento más tangible de la cultura humana, porque toda urbe es construida, regida, reglamentada y organizada por los seres humanos. De ahí, y a diferencia de la lógica desarrollista y modernizadora de ciudades como Cochabamba, que la primera tarea de un gobierno municipal sean las personas, sus grandezas y miserias, su vida cotidiana, sus sueños y sus realizaciones. Cuando intentamos entrevistar a Gonzalo Terceros, actual alcalde de Cochabamba, para esta investigación, sólo alcanzamos a hacerle una pregunta. Le preguntamos cómo veía a la ciudad hoy. Terceros nos respondió que dividida, profundamente dividida, después del día trágico del 11 de enero de 2007, cuando la zona norte de la ciudad, los vecinos ricos, decidieron salir a descargar toda su furia racista contra los campesinos cocaleros, contra los indios, pero también contra muchos jóvenes que viven en la zona sur. La alcaldía fue acusada, desde el Norte de la ciudad, como “cómplice” de los movimientos sociales que venían a “invadir y ensuciar la ciudad”, y que era una alcaldía que estaba en contra de los “cochabambinos”: o sea, en contra de las clases acomodadas y blancas, para quienes la presencia de campesinos en “su” ciudad era una afrenta imperdonable. Para Gonzalo Terceros la ciudad, entonces, está herida por esa intolerancia, y tal vez la alcaldía intente hacer algo para contrarrestarla.

Sin embargo, uno de los ámbitos de la política municipal es la cultural, y es en este ámbito donde se podría, con un poco de suerte, tender puentes, generar el diálogo, la comprensión, o cuando menos la tolerancia. Está claro que en la administración pública de calles, alumbrado, parques, alcantarillado, cemento, transporte y otros servicios básicos, poco se puede hacer para sembrar conciencia y cohesión ciudadana. Pero, y si bien Terceros señaló, al inicio de su gestión, que su principal objetivo sería el desarrollo humano, tal aspiración no se cumplió, o se cumple muy pobremente. ¿Por qué la constante distancia entre lo que se postula y lo que realmente se hace? Podemos responder que una de las claves estriba en la cultura. La cultura, entendida como la forma típica en que se organiza la vida social y las estructuras del poder. La forma en que una sociedad se segmenta, y las formas en que se ejerce violencia simbólica para garantizar la reproducción y la estabilidad social. Así, la cultura es la esfera de lo que está ahí, de lo bueno y lo malo, pero es aquel factor que organiza y estructura a la sociedad. Por cierto, no es el único. Los imaginarios, las ideologías, la economía, las relaciones sociales de producción, son otras cláusulas fundamentales de la idiosincrasia de una comunidad humana. Pero la cultura puede ser



NIDOS

administrada a favor de la integración y de la transformación social. Muchos de los líderes culturales de la ciudad así lo anhelaban, como vimos en estas páginas. ¿Qué es, entonces, lo que ha fallado?

Creemos que la administración cultural no ha escapado históricamente, de las lógicas prácticas con que se legitima un orden colonial, luego señorial, luego republicano, luego liberal, luego reformista, luego dictatorial, y por último neoliberal del mundo, así se quiera ver a este último como “democrático”. Vimos que las políticas culturales de la ciudad buscan la democratización de la cultura (cuando no buscan su descarada elitización), pero no han posibilitado la democracia cultural. Y esto porque las políticas culturales se las enuncia y se las aplica desde el poder. Sea desde los empresarios, sea desde los alcaldes corruptos o caudillistas, sea desde los grupos de artistas, la administración cultural, al igual que la educativa, casi siempre ha dejado afuera a la gente común. Las veces que se ha intervenido “en el nombre del pueblo”, se lo ha hecho a través de una “populi-cultura”, la feliz expresión de Bourdieu. Lo cierto es que, a pesar de décadas de organigramas y cambios de nombre, el viejo Palacio de la Cultura, a veces convertido en Casa, no ha llegado realmente a la gente común. La gente tiene su cultura, las clases sociales presentes en la ciudad tienen sus culturas, y las clases dominadas muchas veces pueden hacer de la cultura una estrategia de cohesión y autodeterminación ante una sociedad urbana que las excluye. Vimos en el testimonio de Nelly Fernández, que esto fue lo que ocurrió cuando el hoy Distrito 5 era una tierra joven, y no había diferencia entre la militancia izquierdista y la promoción cultural. Pero hoy las cosas no son necesariamente así. El crecimiento brutal de la ciudad y su caos es también el crecimiento de la intolerancia, de la idea de que el otro es un peligro, aquello que eufemísticamente llamamos la “inseguridad” ciudadana. Pero más que crecimiento es una degradación vivencial, que es también un empobrecimiento cultural. Ante eso, las políticas culturales no sólo que son necesarias, sino que son urgentes.

Pero no puede tratarse más de las políticas culturales que legitiman el clientelismo ni la cooptación política. A pesar de proyectos de autonomía, descentralización y desconcentración cultural, los viejos mecanismos de la sociedad colonial continúan operando cada nuevo día. Nada cambia en la cultura, nada cambia en su administración.

El repaso histórico por las formas en que se ha administrado la cultura en Cochabamba, por las maneras en que la cultura se ha gestado desde el sur de la ciudad, y el relato de la experiencia vivencial y etnográfica que tuvimos a lo largo de varios meses en el Distrito 5 de la ciudad, nos permiten vislumbrar que otra cultura es posible. Que en la medida en que los ciudadanos se apropien de su destino social, político y cultural, la cultura florecerá. Que la intervención municipal o de las elites de intelectuales tiende a reproducir un orden paternalista e interesado sobre la gente común, y que, lamentablemente, los dirigentes de muchas OTBs y de las cúpulas dirigenciales hacen poco para acabar con eso, y antes bien, acentúan la exclusión y los caudillismos urbanos. Pero ahí queda la “vertiente prisionera”, esa vertiente que intenta brotar desde las entrañas de la propia Casa de la Cultura. Y tal vez inunde la ciudad, otra vez, desde el sur de la cultura.